

montañas, sobre las colinas y sobre el llano, y luego va á herir el mar y le hace brillar hasta la sombra de nuestro bergantin como un espléndido camino donde no osan resbalar las sombras. Distinguimos los túmulos que la tradicion designa como las sepulturas de Patroclo y de Héctor. La luna ancha y colorada que rasa las ondulaciones de las colinas, semeja el sangriento escudo de Aquiles; ninguna luz se distingue en toda aquella costa mas que una hoguera lejana encendida por los pastores en una ladera del Ida; ningun rumor se oye mas que el latido de la vela que no tiene viento y que el vaiven del mástil hace resonar de cuando en cuando contra la verga; todo parece muerto como lo pasado en aquella escena descolorida y muda. Inclinado sobre los obenques del buque, veo aquella tierra, aquellas montañas, aquellas ruinas, aquellas sepulturas, salir, como la sombra evocada de un mundo acabado, aparecer, del seno del mar, con sus formas vaporosas y sus contornos indecisos, á los dormidos y silenciosos rayos del astro de la noche, y desvanecerse á medida que la luna se hunde detras de las cimas de otras montañas. Esto es una hermosa página mas del poema homérico; es el fin de toda historia y de todo poema;—nuevas sepulturas, ruinas sin nombre cierto, una tierra pelada y sombría, iluminada confusamente por astros inmortales;—y nuevos espectadores pasando indiferentes por

delante de aquellas riberas, y repitiendo por milésima vez el epitafio de todas las cosas: Aquí yacen un imperio, una ciudad, un pueblo, unos héroes: ¡solo Dios es grande! y el pensamiento que le busca y que le adora es el único que no perece.

No experimento ningun deseo de ir á visitar mas de cerca y de dia los dudosos restos de las ruinas de Troya; mas me gusta esta aparicion nocturna que permite al pensamiento poblar nuevamente estos desiertos y que no se ilumina mas que con la pálida antorcha de la luna y con la poesía de Homero; ademas, ¿qué me importan Troya y sus dioses y sus héroes? Esta página del mundo heróico es una página vuelta para siempre.

Empieza á soplar el viento de tierra, y de él nos aprovechamos para irnos acercando á los Dardanelos. Ya varios buques mayores que buscan, como el nuestro, esta difícil entrada, se acercan á nosotros; sus grandes velas grises como las alas de los pájaros nocturnos; resbalan en silencio entre nuestro bergantin y Tenedos; bajo á los entrepuentes y me duermo.

18 de Marzo 1833.

Me despierto al amanecer, oigo el rápido surcar del buque y el vivo oleage de la mañana, que resuena como los trinos de los pajarillos al rededor de los costados del bergantin; abro una tronera, y veo, sobre una cordillera de colinas bajas y combas, los castillos de los Dardanelos con sus murallas blancas, sus torres y las inmensas bocas de sus cañones; el canal no tiene arriba de una legua de anchura en este punto; serpentea, como un hermoso rio, entre la costa de Asia y la costa de Europa, perfectamente semejantes. Los castillos cierran este mar, como las dos hojas de una puerta, pero en el estado presente de la Turquía y la Europa, es fácil forzar el paso por mar, ó efectuar un desembarque y tomar los castillos por la espalda; el paso de los Dardanelos no es inespugnable sino defendido por los rusos.

La corriente rapidísima nos hace pasar, como una flecha, por delante de Gallipoli y de las aldeas que ciñen el canal; vemos las islas del mar de Mármara; seguimos la costa de Europa por espacio de dos dias y dos noches, contrariados por vientos nortes. Por la mañana vemos las islas de los Príncipes en el fondo del mar de Mármara, en el golfo

de Nicea, y á nuestra izquierda el castillo de las siete torres y las aéreas puntas de los innumerables minaretos de Estambul, que sobresalen por cima de las siete colinas de Constantinopla. A cada bordada que damos descubrimos otros nuevos. A aquella primera aparicion de Constantinopla no esperimenté mas que una triste sensacion de sorpresa y desencanto. ¡Cómo! me decia yo entre mí, ¿son esos aquellos mares, aquellas playas, aquella ciudad maravillosa por los cuales abandonaron los señores del mundo á Roma y las costas de Nápoles? Es esa aquella capital del universo, sentada sobre Europa y Asia, que todas las naciones conquistadoras se han disputado sucesivamente, como el signo de la monarquía del mundo? Es esa la ciudad que los pintores y los poetas se imaginan como la reina de las ciudades, alzada sobre sus colinas y sobre un doble mar; ceñida de sus golfos, de sus torres, de sus montañas, y encerrando en sí todos los tesoros de la naturaleza y del lujo de Oriente? ¿Es eso lo que se compara al golfo de Nápoles, que ostenta una blanca ciudad en su seno abierto como un vasto anfiteatro? ¿Con el Vesubio, cuya dorada cumbre se pierde entre nubes de humo y púrpura, con los bosques de Castellamare que internan sus negras enramadas en un mar azul, y con sus islas de Prócida y de Ischia, con sus cimas volcánicas y sus laderas doradas por los pámpanos y blanqueadas por las villas, cerran

do la inmensa bahía como gigantescos muelles puestos por el mismo Dios en la embocadura de aquel puerto? No veo aquí nada comparable con aquel espectáculo que siempre tengo presente; navego, es verdad, por un hermoso mar, pero las orillas son bajas ó se alzan en colinas monótonas y redondas: las nieves del Olimpo de Tracia que blanquean, es cierto, en el horizonte, no son mas que una nube blanca en el cielo, y no solemnizan de bastante cerca el paisaje. En el fondo del golfo no veo mas que las mismas colinas combas al mismo nivel, sin peñascos, sin ensenadas, sin sesgaduras; y Constantinopla, que el piloto me enseña con el dedo, no es mas que una ciudad blanca y circunscrita sobre un gran collado de la costa de Europa. ¿Merecia la pena de venir á buscar tan lejos un desengaño? Ni aun mirar queria yo lo que tenia delante, mientras las continuas bordadas del buque nos acercaban insensiblemente á la playa: pasamos ras con ras del castillo de las siete torres, inmensa mole gris de severa construccion de la edad media, que flanquea sobre el mar el ángulo de las murallas griegas de la antigua Bizancio, y fuimos á fondear bajo las casas de Estambul en el mar de Mármara, en medio de una multitud de buques y de botes retenidos como nosotros fuera del puerto, por la violencia de los vientos del norte. Eran las cinco de la tarde; el cielo

estaba despejado y el sol brillante; ya iba yo arrepiñiéndome de la pobre idea que tenia de Constantinopla; las murallas de aquella parte de la ciudad, pintorescamente construidas con restos de antiguos muros y coronadas de pensiles, de kioskos y de casitas de madera revocadas de colorado, formaban el primer término del cuadro; encima, las azoteas de infinitas casas se alzaban como escalones de una alta pirámide, interpoladas con copas de naranjos y agudas y negras cimas de cipreses; mas arriba, siete ú ocho grandes mezquitas coronaban la colina; y flanqueadas por sus calados minaretes, por sus columnatas morunas, alzaban al cielo sus dorados cimborios que inflamaba la reverberacion del sol; las paredes de aquellas mezquitas pintadas de azul, los cobertizos de plomo de las cúpulas que las rodean, les daban la apariencia y el trasparente barniz de monumentos de porcelana. Los cipreses seculares acompañaban á aquellos cimborios con sus inmóviles y sombrías copas; y las pinturas de diversos colores de las casas de la ciudad, hacian brillar la vasta colina con todas las tintas de un jardin de flores.

Ningun rumor salia de las calles, ninguna reja de las innumerables ventanas se abria; ningun movimiento revelaba la habitacion de tan grande multitud de hombres:—todo parecia dormido bajo el ardiente sol de la tarde; solo el golfo, [surcado en todos sentidos por velas de todas formas y

tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constantinopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos; pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad:—á las siete, M. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

CONSTANTINOPLA.

20 de Mayo 1833.

A las cinco ya estaba yo de pié en el puente, el capitan hace botar al agua una lancha, salto en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeano los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del Serrallo, que son una continuacion de las de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla:—allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra;—lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos;—comparar algo á este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar á la creacion.